

**DISCURSO DE INGRESO  
EN LA REAL ACADEMIA SEVILLANA  
DE BUENAS LETRAS DEL EXCMO.  
SR. D. ANTONIO HERMOSILLA MOLINA**

**EL DIA 1 DE DICIEMBRE DE 1996**

Excmo. Sr. Director

Excmas. e Ilmas. Autoridades

Excmos. Señores Académicos

Señoras y señores:

Mis palabras quedan cortas e insuficientes cuando quieren exponer mi gratitud por el honor que supone incorporarme a la secular Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Los sentimientos rebosan por encima de los limitados bordes de la expresión por muy sentida y profunda que ésta quiera ser.

Sólo vuestra benevolencia, amistad y condescendencia han permitido desenfocar con amplitud mis escasos méritos para que hoy me vea acogido entre vosotros.

Gratitud que hago extensiva a todos los miembros de esta ilustre Academia, muy señaladamente a los firmantes de mi propuesta, el Excmo. Sr. don José Hernández Díaz, preeminente de esta Corporación, mi querido y recordado Capitán Ayudante en el Campamento de Montejaque, Excmo. Sr. D. Enrique de la Vega Viguera y el Excmo. Sr. D. Juan Manuel Martínez Moreno, ejemplar persona y singular académico. Don Enrique de la Vega, además, ha tenido la gentileza de aceptar, en nombre de la Academia, la contestación a este Discurso. A todos mis más rendidas gracias.

Quizás la tradición de que siempre han formado parte de este elenco profesionales de la Medicina, haya sido uno de los motivos de vuestra magnanimidad en acordarse de mi nombre. Para ellos, sólo los que he conocido, algunos mis maestros, quiero en esta mañana tener un afectuoso recuerdo, los doctores Salvador Fernández Álvarez, Francisco Blázquez Borez, cuya vacante ocupé en la Academia de Medicina, Gabriel Sánchez de la Cuesta, Antonio González Meneses, Sebastián García Díaz y José Romero Escassi.

Toda mi labor, mi modesto trabajo, lo someto hoy a vuestra consideración y quiero asegurar, con el testimonio de la promesa de mis propias palabras, que me entregaré, dentro de mis posibilidades, a la labor y empeño de esta prestigiosa institución. Así, dentro de lo poco que pueda dar, me sentiré obligado en el pago, siempre en parte, de vuestra aceptación.

El honor que supone este ingreso en este día de mi incorporación lo ofrezco también a mi mujer y a mis hijos pues forma parte del único patrimonio que les he de dejar.

Y porque la vida de las Academias consiste en una sucesión hereditaria de personas, al fin y al cabo es la urdimbre humana que hace y escribe su historia, vengo a ocupar la vacante del Excmo. Sr. Don José Antonio Calderón Quijano.

Por muchos motivos, todos salidos del mundo de los sentimientos y del reconocimiento y admiración, me hacen, con veneración hacia su persona, exponer sus méritos y su imborrable recuerdo.

Don José Antonio Calderón Quijano ocupó durante quince años una plaza de Académico Numerario en esta Institución.

Nacido en Puebla de los Angeles, viene a España, y de la Montaña aparece en nuestras tierras para impregnarse de un auténtico y profundo sevillanismo. En nuestra Universidad se doctora en Derecho y en Filosofía y Letras.

Casado con la hija mayor de los Benjumea Medina, con Manuela, forjó aquí, en nuestra ciudad, una familia ejemplar.

Ayudante de clases prácticas, adjunto después, posteriormente gana la Cátedra de «Historia de América» en Barcelona que pronto, al año, pasa a Sevilla a regir la Cátedra de «Historia de la Colonización española», denominada después de «Historia de América en las Edades Moderna y Contemporánea».

En la Universidad hispalense ocupó varios cargos, Secretario de Publicaciones, Secretario de la Universidad Hispano Americana de La Rábida, Secretario de la Universidad de Sevilla, Director de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y del Patronato «Menéndez y Pelayo», Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, llegó a ostentar el cargo de Rector de nuestra Universidad.

Este nombramiento coincide en momentos difíciles pues tiene lugar el acondicionamiento de la antigua Fábrica de Tabacos en Universidad y la creación el Hospital Clínico de Sevilla y de Cádiz.

En el campo de la investigación fue un señalado y competente americanista, discípulo de ese preclaro grupo de investigadores como don Francisco Murillo, Diego Angulo, Hernández Díaz, Bermúdez Plata, Sancho Corbacho, Giménez Fernández.

Ha dejado importantes estudios que han quedado reflejados en libros, tratados, artículos, tesis doctorales, comunicaciones a congresos. Sírvanos de ejemplo, «El americanismo en Sevilla 1900-1980» y «Toponimia andaluza en América», y sus obras sobre «Fortificaciones».

Hombre forjado en la disciplina del trabajo de todos los días, de espíritu y aspecto germánico, sereno, maestro, agradable en el trato, caballero a la antigua usanza, todo dentro de una gran modestia.

Su sevillanía le llevó a escribir un precioso libro, «Las espadañas de Sevilla», que nos brinda la visión de esos muros con campanas y esquilas que ribetean el cielo de nuestra ciudad.

Hombre de fe, se adentró en nuestras cofradías y su devoción personal fue su Señor de Pasión.

Me honré con su amistad y recuerdo nuestras charlas sobre lo divino y lo humano en aquellos claros y serenos atardeceres de Chipiona. El y yo coincidíamos en el refectorio del santuario franciscano de Ntra. Sra. de Regla el día 8 de Septiembre y compartíamos la comida con los frailes.

Aquellos ratos serán para mí imborrables. Nadie podía imaginar que yo aquí hoy le sustituyera. Pero esto me obliga aún más a entregarme en cuerpo y alma a esta Academia aunque pensando que en mi modestia será imposible llenar el vacío dejado por tan singular persona.

Descanse en paz el maestro, el amigo, el hombre bueno.

Intencionadamente en este Discurso de ingreso hemos pretendido aunar en un tema, «Los honorarios médicos a través de la Historia», donde confluyen conceptos históricos, sociales, costumbristas, literarios, en una revisión de conjunto donde vamos a encontrarnos unas veces con posturas interesadas, hasta codiciosas, y otras altruistas y completamente desinteresadas.

Don Quijote cogió con las manos un puñado de bellotas y mirándolas dijo a los cabreros: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados... porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío».

Pero la arenga de Don Quijote resonó a pura divagación porque los cabreros tendrían entretenidos los sentidos con el precio de la lana o de la leche que les proporcionaban sus ovejas.

Olvidados estos siglos de oro y desde el «ganarás el pan con el sudor de tu frente», hasta el mundo de la economía, la personal y la universal, desde los albores de la Humanidad el hombre dijo a su semejante: «te doy, pero me darás a cambio».

Y en ese interesado mundo de las riquezas el hombre se balancea desde la entrega de hacer algo por alguien sin nada a cambio, a veces con un desprendimiento heroico, hasta la usura y el servirse del prójimo. Ante esta gama de valores vamos a centrar al médico desde el comienzo de las llamadas civilizaciones hasta que formó parte de una colectividad, de una sociedad.

Iremos exponiendo el tema con objetividad, sin parcialismo de clase, sin huir del elogio o de la crítica, de la sátira mordaz, a veces.

En el antiguo Egipto el alumno –sacerdote va introduciéndose en los secretos del saber médico guardados en los Tratados propios de la ciencia. Después, este alumno, ya sacerdote médico cobrará sus honorarios en metálico y los entregará para la conservación y mantenimiento del templo.

El joven médico se pone a las órdenes de un superior y al servicio del enfermo y lo cuida por lo reglamentado en los papiros. El médico recibe su paga del Estado y no de sus clientes, tal como nos describe Sinhué en las páginas de la novela de Mika Valtari.

Pasaron los tiempos en que el enfermo dejaba crecer sus cabellos durante la enfermedad y cuando sanaba se rapaba la cabeza para seguir esta costumbre egipcia, y según el peso de sus cabellos se determinaba la cuantía de los honorarios. Lo que no nos dejó dicho la historia es cuánto ganaba el médico cuando trataba a un enfermo calvo.

El médico, decíamos, cobraba sus honorarios del Estado y a éste revertía gran parte de los ingresos en forma de altos impuestos, hecho que provocó la protesta de los médicos viejos, no así de los jóvenes. No se aceptaron plenamente estas normas porque no habían sido sometidas al parecer de los profesionales. Eran los tiempos de Akenatón.

Si alguno no servía para ejercer la profesión de médico lo hacía como curandero, una especie de intermediario entre los pontífices y el enfermo, curando por medio de talismanes, amuletos y fórmulas mágicas, cuidadores de las clases indigentes, con buenas ganancias, tantas que existía este consejo: «si quieres ganar dinero pronto, ejerce como curandero».

La profesión del médico egipcio estaba encasillada en unas leyes que llegaban hasta imponer la pena de muerte si el enfermo moría al no haber sido tratado según los preceptos ordenados. Por ejemplo, dar un vomitivo o un purgante en una enfermedad aguda antes del tercer día, en las fiebres procurar el sudor envolviendo al enfermo con mantas de lana.

Seknet Enanach, médico del faraón, vivió en el año 3000 a. C. y curó «las narices del rey». El rey quiso recompensar a su médico y éste le pidió una estatua de piedra del paciente regio en la que se relataba el caso, estatua que se hizo y que se colocó en el palacio del faraón y después en su tumba.

Más conocido, ejemplo histórico común, es el valor del Código de Hammurabi (1728 a. C.), estela de basalto, hoy en el Louvre, donde se representa postrado el rey Hammurabi ante Shaal, el Sol, dios de la justicia, y es una pieza histórica fundamental para el estudio del Derecho en Mesopotamia.

En la parte inferior de la estela existen tres mil artículos que componen el Código. Sólo 250 se pueden leer y los dedicados a la Medicina van desde el 215 al 240. En ellos se establece y ordena el quehacer del médico y sus honorarios.

«Si el cirujano, por ejemplo, ha tratado la herida de un enfermo con el punzón de bronce y lo cura; si ha abierto la córnea de un hombre con el punzón de bronce y se ha curado, recibirá diez siclos de plata».

«Si se tratara de un esclavo, el dueño pagará a su médico dos siclos de plata».

«Si un cirujano ha curado el miembro roto de un hombre libre o ha hecho revivir una víscera enferma, el paciente entregará al médico cinco siclos».

«Pero si un cirujano ha tratado con el punzón de bronce la herida de un hombre libre y ha muerto, si ha abierto su córnea con el punzón de bronce y ha quedado ciego, al cirujano se les cortarán las manos».

«Si se tratara de un esclavo, pagará en plata la mitad del precio de un esclavo». «Si muere un esclavo, el médico sustituirá al esclavo por otro esclavo».

Junto a estos preceptos existían otros dedicados a curanderos, barberos y cirugía menor.

«Si un barbero imprime al esclavo, con desconocimiento de su dueño, otra marca de esclavitud indeleble, perderá ambas manos».

«El hombre que haya incitado al barbero a marcar falsamente al esclavo, perderá la vida».

El aborto se castigaba con una multa más o menos elevada según se hubiera provocado accidental o artificialmente.

Todo nos habla de la dureza de las leyes, quizás dictadas para frenar la codicia de algunos profesionales ya que los médicos de Babilonia no se arredraron en comerciar con la venta de la vajilla de oro y con los alimentos que los enfermos ofrecían al dios Istar.

Hasta hoy el Código de Hammurabi se consideraba el más antiguo respecto a la legislación y normas para la profesión médica, pero en 1947 se descubre una tablilla de arcilla del rey Lipit – Istar, datada 150 años antes que el de Hammurabi, y en 1948 se publica otro Código, el del rey Bibalama, setenta años antes al de Lipit, y en 1952 se da a conocer el Código de Urnume, trescientos años antes al de Hammurabi.

Con la «tekné iatriké» griega se cumple la máxima de Aristóteles, a su vez del poeta Antifón, de que «con el Arte (Tekné) se vence donde natura nos vence».

Cuando se consultaba el Oráculo de Delfos se entregaba y se donaban regalos al templo que llegaron a constituir grandes riquezas.

Apolo enseña el Arte de curar a Quirón, el centauro, a quien se considera padre de la Cirugía (Quirón, fuego, quirófano) y Quirón, a su vez, instruyó a Jasón, a Aquiles y a Esculapio (Asclepios). El premio póstumo a Esculapio fue el llegar a ser adorado como dios en muchos templos de Grecia, en los «asclepistas».

En la Grecia de Hipócrates existían dos clases de médicos, el médico sabio, autor de Tratados, y el médico práctico, ambulante, más artesano que técnico.

En el «Corpus» hipocrático, en el libro de «Los Preceptos», se lucha contra el lucro. «Si empezáis, dice, por preocuparos por vuestros honorarios, suscitamos en el enfermo la penosa idea de que, caso de no llegar a un acuerdo, partiréis y lo abandonaréis. Así, pues, no os preocupéis en fijar sueldos.

Más vale hacer reproches a personas que habéis salvado que exigir más de lo debido a aquellos que están en peligro... Yo recomiendo que no pongáis a nadie en aprieto y tengáis en cuenta los recursos de cada enfermo, a veces, incluso, os veréis obligados a prestar asistencia gratuita... pues allí donde está el amor a los hombres está también el amor al Arte...»

En el Precepto VI se dice: «No use para ganar al paciente lujoso atavío y exquisito perfume. Con todo, no olvides que debes tratar de agradar pues ello no es óbice en la dignidad del médico».

Gremili, un pobre campesino, en el acto II de «Pluto», de Aristófanes, no puede conseguir a buen precio la curación de la ceguera de Pluto, «¿cómo hallarla?, se pregunta, pues donde no hay recompensa no hay Arte».

Sin embargo, en el siglo II, Sarapión, en el «Sobre los deberes eternos del médico», grabado en el templo de Asclepios, se expone: «El médico debe ser buen sanador, igual para los esclavos, pobres, ricos, príncipes y para todo hermano debe ser su ayuda, pues todos somos hermanos».

Sobre la tumba de un médico griego podía leerse: «el mejor de los médicos, persona áurea que despreciaba el oro».

El «iatros», el médico griego, por decreto de Carondas, recibía un sueldo como funcionario público. Unos curaban en plena calle, otros en un despacho, una oficina, el «iatricón», señalado con una sanguijuela en la puerta.

El médico de prestigio gozaba de consideración social. Sírvanos recordar que en la «Iliada», cuando el médico Macaón cae herido, el propio rey Idomeneo confió sus cuidados al juicioso Néstor: «tómalo en tu carro y condúcelo fuera de la lucha porque este médico vale por muchos de nosotros».

Asclepiades, famoso médico griego establecido en Roma, médico de Marco Aurelio, Cicerón y Craso, cobraba altos honorarios y poseía una lujosa villa. La Medicina griega se practicaba en Roma y estos médicos griegos cobraban crecidas minutas.

En Roma tomó auge el médico militar. Por cada legión de siete mil hombres había 17 médicos, remunerados por el Estado. Los heridos graves se trataban en los «valetudinarios», enfermerías de campaña y hospitales militares.

La Medicina romana heredó la influencia de la griega, tanto que hizo exclamar a Petrarca, «latina mors cum graeco velámíne», muerte latina con instrumento griego.

Cerraremos este período con la sentencia de Séneca alabando al médico cuando dijo que «aunque le pague religiosamente sus honorarios siempre será un acreedor, la deuda del corazón subsiste».

Galeno rotundamente dejó escrito que «aquel médico que estima la riqueza más que la virtud y que aprende su arte para amasar dinero y no el bien de la humanidad, éste no sabrá lograr el fin que se propone la Medicina. En efecto, no es posible coordinar riquezas y al mismo tiempo cultivar dignamente a tan noble arte de la Medicina pues si se liga ardorosamente a lo uno, ciertamente perjudica a lo otro».

Saltando a la cultura oriental, en los pueblos chinos «para ser buen médico no basta estar versado en la filosofía confuciana o taoísta pues quien no haya leído los libros sagrados no conocerá la bondad, la compasión o la alegría del reconocimiento. No olvidará el médico penetrarse de piedad y simpatía y hacer el voto de socorrer a todo dolor de cualquier ser amado sin preocuparse del

rango de fortuna, de su edad, de su belleza, de su inteligencia, de su cualidad de chino o bárbaro, de amigo o enemigo, y logrará considerar con equidad a todos los enfermos como a sus más caros amigos».

En el Japón, el médico cobraba del Estado y hasta el siglo VIII no se liberó el ejercicio para la práctica privada.

Cuando el pueblo judío interviene en la cultura es a través del Talmud donde se inserta la sabiduría teológica y médica. «Talmud» significa «enseñanza». El judío Araf Ha Yehudi, en su «Libro de las drogas» y en el «Tratado de la medicina para pobres», primer libro de Medicina escrito en hebreo, recuerda que «los pobres deben ser curados gratuitamente».

Otro médico judío, Ralí Umna, puso en su consulta un cepillo para que los consultantes depositaran sus honorarios y estos debían ser proporcionados según los medios económicos del enfermo.

Las citas médicas de la Biblia son muy conocidas, menos lo son los libros no incluidos en el Canon. En «La sabiduría de Jesús», en el último versículo se lee: «aquel que pecó ante su Creador dejadlo caer en manos del médico».

En el mundo árabe, el gran Maimónides expuso en un precepto: «oh, Dios, llena nuestra alma de amor por el Arte y por todas las criaturas. No permitas que la sed de lucro y el deseo de gloria influya en el ejercicio de mi Arte... Haz que sea moderado en todo pero insaciable en el amor por la ciencia».

Rhase decía que «sólo puede ser médico cuidadoso y filósofo un hombre de buenas costumbres, constante en la meditación, dominador de sus instintos y que no sea avaro ni ambicioso».

No todos los médicos árabes gozaban de tan sublime postura. Del médico árabe Baki Iesahn, protegido por Harin al Kachid (s. VIII), se sabe ganaba dos millones de dinares al mes, y la misma suma anual por sangrar y purgar al Comendador de los Creyentes, y por una operación de talla practicada al califa Avon Naar cobró diez millones de dinares. Qué duda cabe que estos ejemplos son hechos singulares. Sabemos por otras noticias que los médicos de Cámara gozaban de sueldos mensuales. Mahoma sentenció: «Es Dios quien da y quien quita. Es el quien pone los precios».

No eran en otras civilizaciones los médicos de reyes, príncipes y magnates los mejores compensados. En Méjico, en las honras fúnebres el primer magistrado de Michoacán, se sacrificaron sobre la tumba del finado varios médicos que no habían sido capaces de vencer la enfermedad del cacique.

Con la ideología de la época de Cristo y del Cristianismo se inculca el deber de curar gratuitamente a los pobres viendo en ellos al mismo Jesucristo.

En un documento del siglo II sobre los deberes del médico, se dice que el médico debe curar a todos como hermanos. «Y ¿qué es todos?», se pregunta. «Todos son los bárbaros, los extranjeros, los esclavos, los enemigos».

Estos principios fueron el germen que impulsó a los monasterios a establecer en sus hospederías la asistencia a viajeros, los «xenodokeion», para descanso de los enfermos, los «nosokomios», punto de partida de los hospitales del medievo. Así surgieron también los «infirmarium» de los monjes y los «hospitales pauperum», para pobres y peregrinos. En los huertos monacales se cultivaban las plantas medicinales, según el consejo de Casiodoro, que en el siglo V decía: «aprended las propiedades de la hierba y las mezclas de medicamentos para poner todas vuestras esperanzas en el Señor que es quien concede la vida eterna». Con estos pensamientos se cifra lo de «dar significa más que recibir».

Ya dos siglos antes, Cosme y Damián dicen respecto a la retribución de la asistencia médica: «recibísteis gratuitamente, dadlo gratuitamente». Por esto les llamaban «anargiros», los «sin dinero».

Damián aceptó dos huevos como regalo de una pobre mujer agradecida y su hermano Cosme se disgustó tanto por esto que Damián tuvo que replicarle: «no he aceptado los dos huevos como salario sino en nombre del Señor y para no parecer desdeñar el regalo».

Y así nos vamos adentrando en la Edad Media donde la Medicina va consolidándose como profesión social con antecedentes de Escuelas y Universidades, muchas de ellas célebres por sus maestros. El médico va entrando en los estratos de la burguesía. Se distingue por su ropaje largo y ancho, color escarlata con franjas de marta cibelina, con ricos arneses en su caballería. Habla

con autoridad, prescribe con gravedad, visita a los farmacópolos para vigilar la confección de las recetas y con su bastón, de rico puño, señala los simples que se deben emplear.

Los doctores y maestros de Montpellier, una de las Escuelas más universalmente prestigiosas, estaban exentos de tributos y libres de cargas. La franquicia médica consistía en la exención de tabla, guarda y ronda.

En la Escuela de Bolonia, también famosa, los profesores no gozaban de grandes sueldos y obtenían algún dinero alquilando a los alumnos parte de sus propias habitaciones, aunque el florentín Tadeo Alderotti, célebre por sus altos honorarios, antes de hacerse cargo del tratamiento del papa Honorio IV, exigió que de aceptarlo no sería por menos de cien ducados al día.

En 1280, tal era el abuso referente a los honorarios por algunos médicos, que hubo necesidad de establecer una tarifa por parte de los legisladores, hecho que motivó una huelga de médicos que sólo atenderían los casos urgentes. Nada nuevo bajo el sol.

El monje Enrique de Moneville (1260-1320) irónicamente aseguraba que cuando se trata un accidente «puede el médico obtener ganancia con los que se desmayan y se rompen la cabeza y así obtiene de los mirones una remuneración mayor que la del mismo paciente».

Aconsejaba al médico, «no comas en casa de uno de tus enfermos que te debe algo; mejor ve a comer a la fonda, de lo contrario el enfermo deducirá el precio de su hospitalidad de la nota de honorarios».

No era frecuente el cobro «en especies», costumbre que en los medios rurales ha llegado hasta nuestros días. Hugo de Lucas, cirujano de Colonia (1214), se comprometió a prestar cuidados gratuitos a los enfermos de su Condado mientras fueran enfermedades ordinarias y no graves. Si, por ejemplo, se trataba de fracturas y luxaciones, a los enfermos acomodados les pedía a cambio de los servicios una cantidad de madera, o un carro de heno si eran enfermos ricos.

Guy de Chuliac (1300-1363), en su libro «Chirurgia Magna», dice que «un buen cirujano debe ser cortés, sobrio, piadoso, compasivo, desdeñar el estipendio material y con sentido de su propia dignidad».

Paracelso aseguraba que «hay médicos que no deberían tener nada que ver con la cirugía, tales los casados con mujeres estafalarias y gastosas ya que éstas inducen al marido a practicar sólo ganancias».

«De los pobres, continua diciendo el célebre médico, no acepto ninguna recompensa, mis cuidados son gratuitos. A los pudientes les exijo mis honorarios. Pero estos no son el salario de un labrador, ni de un esquilador o de un pastor. El médico que proporciona salud al enfermo merece algo más que paja y lana. Si se nos negaran los honorarios no hay que lamentarse a voces. Obedeciendo a Dios, nosotros los médicos asistimos tres veces más que una, al ser mal nacido o sórdido».

Los médicos españoles gozaban de buena fama para Paracelso pues no vagaban por las calles ni iban lujosamente vestidos, ni usaban sortijas de colores, sólo un delantal de pieles.

Cuando Paracelso muere, el 24 de septiembre de 1541, al parecer por haber bebido vino envenenado, se enterró en el cementerio colindante a la iglesia de San Sebastián y en su epitafio se leía: «Aquí yace Felipe Teofrasto, el famoso doctor en Medicina que curaba las heridas, la lepra, la gota, la hidropesía y otras enfermedades del cuerpo, con una ciencia maravillosa. Donó sus bienes a los pobres».

El médico que actuaba fuera de su localidad y era llamado a otra ciudad para tratar a un enfermo, se le procuraba un caballo, se le proporcionaba alojamiento y se le satisfacía, además, sus honorarios.

El médico, según su prestigio, se adecuaba a una clase social. Los médicos del Protomedicato asistían a reyes, príncipes y nobles y sus honorarios eran elevados. Los médicos de clase media asistían a la alta burguesía, apareciendo un esbozo de «médico de familia». Los barberos y curanderos cuidaban a la clase baja y a los pobres.

El concepto de hospital va evolucionando. De simple albergue a ser lugar de curación. Desde el siglo XIV, los magistrados encargados de la organización de las milicias comunales preven en los presupuestos sumas destinadas a los cirujanos de tropas de campaña. El cirujano podía ir acompañado de su mujer que colaboraba en las operaciones junto con los ayudantes. Un cirujano, por cada compañía de cien lanzas. A las tropas les seguían los adivinos, los monjes de las Ordenes Mendicantes, las barraganas...

Los hospitales militares fueron causa obligada debido al cambio en la estrategia de las guerras con la aparición de nuevas armas de fuego. Isabel la Católica, en el sitio de Alora, instala tiendas de campaña para los heridos de guerra. En la Armada Invencible figuraba un barco hospital.

Va creciendo una conciencia de asistir a las clases desamparadas. Lanhanc, en la segunda mitad del siglo XV, dice: «ayude el médico a los pobres cuanto pueda, pero no se arredre de pedir buenos honorarios a los ricos».

Juan Fernel, licenciado en Medicina, en 1530, duerme cinco horas, come de pie, examina la orina y gana 15.000 libras al año, arquíatra de Enrique II, de su esposa Catalina de Médicis y de su amante Diana de Poitiers. Es un médico rico.

Al morir Francisco I, su arquíatra Luis de Bourger, fue gratificado con siete varas y media de paño para el traje de luto. Guesney, médico de madame de Pompadour, cobraba tres mil libras y al morir obtuvo una pensión para sus familiares de cuatro mil libras. Helvetius ganaba nueve mil libras como médico de Luis XV. El mismo Napoleón dejó en su testamento a Juan Dominique Larrey, su médico, cien mil francos, «es el hombre más virtuoso que he conocido". Son médicos ricos de personajes famosos.

Pero veamos, en contrapunto, el testamento de Maese Bernardo Douvier, profesor de Universidad, que deja a su mujer y a sus hijos, «dos camisas de lino a medio usar, un par de pañuelos, una casaca, un traje usado color canela, un par de pantalones, dos pelucas, un sombrero negro, unos zapatos viejos, una alforja para silla, una yegua de pelo blanco con su silla, brida y cabestro». Fue un médico pobre.

Vesalio y Silvio fueron grandes enemigos. Silvio era avaricioso y sus honorarios muy elevados. A un ahorcado que había sido robado su cadáver para la disección, según costumbre de la época debido a las leyes prohibitivas en este sentido, un discípulo de Vesalio prendió una cartela satírica que decía:

*«Aquí yace Silvio, el que nunca en su vida,  
de dar algo gratis sintió ganas,  
y ahora que está muerto y roído de gusanos,  
aún le molesta que lean gratis estos versos».*

Sin embargo, Vesalio se hizo rico con la profesión. Condenado por la Inquisición, murió a causa de un naufragio cerca de la isla griega de Zante al cumplir destierro por habersele imputado el haber disecado vivo a un gentilhombre.

Los nuevos métodos y las nuevas enfermedades enriquecieron a muchos médicos.

Un cirujano estuvo a punto de morir en la hoguera por haber rendido a una imagen del rey Carlos VIII los piadosos homenajes que la Iglesia reserva a los santos. Interrogado sobre esto, explicó que este rey fue el hombre a quien los médicos, cirujanos y barberos debían mayor gratitud por haber traído de Nápoles la sífilis, gracias a la cual podían los médicos llenar su escarcela. El mismo cirujano aclaró que también el mayor problema de la alquimia, es decir transmutación de los metales en oro, estaba por fin resuelto pues gracias a la sífilis, de ahora en adelante, el mercurio (que se usaba en el tratamiento) se transformaba en oro.

Cuando Marco Gateneria idea el clíster se le ridiculizó con esta apostilla:

*«Aquí, quien por un cuarto de escudo  
se arrodilla ante nuestro culo».*

En la época en que se «batían» las cataratas se decía que los oculistas «aclaraban la vista y el bolsillo».

Los brotes de enfermedades epidémicas, las pestes, repercutían sobre los médicos, no quizás enriqueciéndolos sino agotándolos con el trabajo, corriendo un mayor riesgo sus vidas, teniendo, pasada la epidemia, que guardar una obligada cuarentena alejados del mundo, llevando una cruz y una vara para ser reconocidos de lejos.

En estos casos los honorarios eran modestos. En la peste de 1597, en Lille, se abonaba a los médicos ocho patares al día, y concluida la epidemia, seis meses de honorarios. Si moría el médico a causa de la enfermedad, a la viuda se entregaban cuarenta florines. Conocemos lo entregado, en 1576, al médico Gregorio Bordin, treinta y seis patares y dos botas de vino por semana. A Juan Truye, en Cambrai, en 1597, se le ofreció hospedaje gratis y noventa florines por el nombramiento de médico de la epidemia, cien florines al mes, y tres botas de vino por semana mientras

durase la enfermedad, y si moría a consecuencia de ella se aseguraban cien florines a la viuda.

Avanzada la época, ya en pleno siglo XVIII, siglo donde se estabiliza la burguesía, la industria, las clases sociales, va encasillándose al médico en los diferentes estamentos.

El médico de este siglo usa bastón con puño de plata o de oro, perforado, hueco, a fin de que pudiera contener alguna mezcla aromática que se creía prevenir cualquier infección, calzón de antílope, casaca de terciopelo o raso, con botones dorados, peluca, sombrero y guantes.

Aunque la Medicina comienza a socializarse, muchas figuras médicas de la época se enriquecieron. Pasó y pasará siempre. Artley Cooper (1768-1841) no bajó de 15.000 libras anuales en sus ingresos y lo que es más curioso, su criado Charles, ganaba al año 500 libras «colando» a pacientes fuera de su turno.

El célebre Edward Jenner (1749-1823) no fue ambicioso, la vida de la ciudad no le atraía, no hizo fortuna. Cuando en el apogeo de su fama por el descubrimiento de la vacuna, le instaron para que fuese a Londres, asegurándole un sueldo de 10.000 libras anuales. «Mi fortuna, dijo, es suficiente para satisfacer mis deseos. En cuanto a la fama, ¿qué es la fama?, un peto dorado, siempre atravesado por las flechas de la malignidad». En su pueblo, Berkeley, vivió y murió.

En la fundación de la Facultad de Medicina de Glasgow, y todavía se sigue haciendo por tradición, se acordó que se finalizaran las actas con la frase: «los pobres recibieron asistencia gratuita y se levantó la sesión».

Esto se criticó por los que pensaban que no era sólo altruismo pues decían que «la clientela de los pobres servía para trepar sobre sus hombros hasta llegar a los bolsillos de los ricos».

Los filósofos abogan por la igualdad de clases y los médicos adoctrinaban a sus discípulos para que no vean en la profesión un medio para enriquecerse.

Sir William Gull dijo que «esta profesión a veces es una ciencia, a veces una profesión, y debería ser siempre una religión».

Sir Benjamín Collins Brodis (1783-1862) aconsejaba a sus alumnos, «no olvidéis nunca que el dinero es sólo una parte, y una parte muy pequeña del éxito profesional».

Surge la asistencia médica a una familia por un tanto alzado, modalidad que no gustó al principio y muchos profesionales combatieron el sistema porque era cosa mezquina e indigna de la categoría de un caballero.

Después de esta panorámica universalista, queremos referirnos a lo que ocurría en nuestro país.

En España, desde el «Liber Legum», el «Fuero Juzgo» y «Las Partidas», se reglamenta la profesión médica y sus honorarios.

Por ejemplo, en el Fuero Juzgo, XI, I, 5, se decía: «si algún físico tolliera la nube de los ojos, debe aver cinco sueldos por su trabajo».

En «La Celestina», Fernando de Rojas pone en labios de Centurio: «si mi espada dijera lo que hace, tiempo le faltaría para hablar, ¿quién si no puebla los cementerios de esta tierra? ¿Quién hace ricos a los cirujanos?».

Quiñones de Benavente declara:

*«Un doctor aunque tenga  
las letras de ayer acá,  
con dos guantes y una barba  
empieza luego a ganar».*

pues el médico según este autor

*«...aunque sepa el doctor menos que nada  
el médico jamás se vió que yerra  
porque sabe el error cubrir la tierra.»*

Antonio Enríquez Gómez, en el «El siglo pitagórico de don Gregorio Guadaña», define al médico del modo siguiente:

*«Compró media docena  
de libros de Avicena,  
un quintal de Galeno,  
unos guantes de perro  
que son buenos,  
una sortija, cuatro patrisuelos,  
y con estos anzuelos  
desde su mula roma, caballero,  
iba pescando vidas y dinero».*

Además dice:

*«Si es pobre y no hay moneda,  
se está como se queda,  
o lo despachas pronto  
o no vuelvas tan presto  
a hacerle otra visita,  
comodidad que el cuerpo necesita,  
y siendo el pobre en todo desgraciado  
sólo contigo es bienaventurado».*

y más adelante,

*«Si ves que hay buena paga,  
su conciencia se estraga,  
tiras de enfermedad, ella se alarga,  
déle de purgas una buena carga,  
cúidese la salud, confesión pide,  
y tu ciencia que mide  
el yerro cometido, cuando quieres  
remediar el remedio,  
al punto muere...  
...mi cotidiano pan es la alegría  
mi ganancia suave  
uno y otro jarabe,  
mi hacienda bien ganada  
una purga endiablada,  
mi mayorazgo, el pulso,  
la muerte, mi recurso,  
la orina mi consejo, la cámara, mi espejo,  
mi puñal, un barbero,  
la botica, mi acero,  
mi receta segura  
la siempre dilatada calentura,  
y con salud a muchos enterramos».*

Mateo Alemán, hijo de Hernando Alemán, cirujano de la Cárcel Real de Sevilla y que comenzó sus estudios de Medicina en las Universidades de Alcalá y Salamanca, en la Partida Primera,

Cap. IV, del «Guzmán de Alfarache», encuadra al médico en tres imágenes según el momento de su actuación: «como había oído decir, tiene tres caras el médico, de hombre cuando le vemos y no le habemos de menester; de ángel, cuando dél tenemos necesidad; y de diablo, cuando se acaba a un tiempo la enfermedad y la bolsa y él por su interés persevera en visitar».

Es poco más o menos el refrán, escuchado por nosotros hoy día, «mientras el enfermo dice ¡ay!, hay».

Pero el gran escritor de esta época que más ironizó a los médicos, sátira despiadada a veces, teñida con la genialidad de su pluma, fue Quevedo, de quien se ha dicho que fue un verdadero azote para estos profesionales.

En el «Libro de todas las cosas y otras cosas más», dice:

*«¿Para que te duren poco las enfermedades? Llama a tu médico cuando estés bueno y dale dinero porque no estás malo; que si le das dinero cuando estás malo ¿cómo quieres que dé una salud que le vale nada y te quite un tabardillo que le da de comer?».*

Dice, también, el señor de la Torre de Juan Abad:

*«Que el doctor en Medicina más genial y más lozano,  
tiene condición de carro,  
que si no le untáis rechina».*

En «Los sueños», en «El mundo por de dentro», en la «Calle de la hipocresía», la calle mayor del mundo, calle que empieza con el mundo y acabará con él y donde no hay nadie que no tenga allí si no una casa por lo menos un cuarto o un aposento, el describir al médico lo hace así:

*«...a la brida, en basilisco, con peto y espaldar, con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos y conquistando vidas, estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen y allí parecía que rehusaba la paga de las visitas».*

Era costumbre en esa época que el médico cobrara volviendo la mano atrás de espaldas al enfermo y éste depositaba una cantidad no fijada.

Lope de Vega en «Amar como se ha de amar», dice:

*«¿No has visto tú con la priesa  
que un médico sin mirar  
recibe cualquier moneda  
y después, puesto en la mula,  
registra su faltriquera  
para ver lo que le han dado?».*

Respecto a este método y volviendo a Quevedo, en boca de Perogrullo, pregona que: «hay quien corre echando los codos atrás a recibir el dinero, y corren como una mona al que se los da porque lo maten». «Si vive el enfermo, asegura, y te paga di que llegó tu hora. Si muere, di que llegó la suya».

«Y para acreditar de que visitas casa de señores, apéate a sus puertas, entra en el zaguán, orina y tórnate a poner a caballo; que el que te viese entrar y salir no sabe si entraste a orinar o no. Por las calles ve siempre corriendo y a deshora porque te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche, haz que tus amigos vengan de rato a rato a llamar a tu puerta con altas voces para que los oiga la vecindad: «al señor doctor, que lo llama el Duque, que está mi señora la condesa muriéndose; que le ha dado al señor obispo un accidente. Y con esto visitarás más casas que una demanda y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo».

Quevedo define al médico como un hombre con:

*«La losa en sortejón pronosticada,  
y por boca una sala de viudas,  
la habla entre ventosas y entre ayudas,  
coñ el «denle a cenar poquito a nada»;  
la mula en el zaguán,  
tumba enfrenada,  
y por julio un «arrópele si suda»,  
«no beba vino», «menos agua cruda»,*

*«la hembra ni por sueño ni pintura».  
 Haz la cuenta conmigo, doctorcillo,  
 para quitarme un mal «¿me das mil males?  
 ¿Estudias Medicina o Peralvillo?  
 Desta cura, ¿me pides ocho reales?  
 Yo quiero hembra y vino y tabardillo  
 y gasten tu salud los hospitales».*

Góngora, en una letrilla dice:

*«...que de un dolor de costado,  
 con ventosas y sangrías,  
 despacha un hombre en tres días,  
 y que le pague la cura,  
 ¡válgame, Dios, qué ventura!»*

Vicente Espinel, en el Descanso I de su novela «El escudero Marcos de Obregón», explica cómo Marcos se coloca para trabajar como ayo o escudero de un médico, el doctor Sagredo, y cuando éste hace una visita a Carabanchel cuenta que su amo «recibió mucho contento por el provecho porque las visitas a largas distancias se pagaban más». Y en el Descanso IV, «...hay algunos tan ignorantes en la buena pericia y trato que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y subir su ganancia dicen al enfermo que está peligroso para que lo esté de verdad».

Jerónimo de Alcalá Yáñez, médico segoviano, escribe «Alonso, mozo de muchos amos» o «El donado hablador». Alonso, que era donado en un convento, habla de todos sus amos. Uno de ellos fue médico y dice que: «mientras hay enfermedades le promete al médico cuando oro y plata encierra la tierra, pero en llegando uno a estar bueno, olvida el bien que recibió y al que fue causa de su salud».

En las «Aventuras de Gil Blas de Santillana, atribuida a muchos autores y entre ellos a Antonio de Solís y Rivadeneyra, el Dr. Sagredo se lamenta que «ocho reales por una visita son poca cosa».

Baltasar Gracián ironiza al médico como personaje que «tiene declarada la guerra contra la vida y la muerte, enemigo de entrambas, porque quiere a los hombres ni medio muertos ni bien

vivos sino malos, que es malísimo miedo. Para poder comer de modo que los otros no coman».

En el siglo XVIII, la figura que escrudifiña en todos los entresijos de la sociedad, y por tanto del médico, fue don Diego de Torres y Villarreal:

*«por malo te visitan  
muchos doctores,  
¡qué caro ha de costarte  
ay, pobre, pobre!  
Yo no te entiendo,  
infeliz, ahorra  
vida y dinero.*

Y agregó en unas de sus sátiras:

*«...cree en Dios,  
que es lo seguro y cierto,  
que lo demás es engaño  
tonto y saca dineros».*

Acerca de la palabrería del médico y de sus honorarios, en este siglo no cesan las críticas. Mariano José de Larra en sus «Sátiras contra los vicios de la Corte», dice:

*«Y el médico aquí vive, que se entiende  
con algún boticario y nos receta  
drogas que a medias con aquel nos vende...»*

El Padre Isla, en sus «Sermones morales», al hablar de los honorarios médicos suaviza la cuestión afirmando:

*«...que si tengo que decir lo que siento, pocas veces llega el caso de que los médicos visitan mucho porque le paguen bien; pues muy pocas veces llega el caso de que se pague bien a los médicos. En sanando el doliente, a título de que los médicos no lo han de pedir ni executar, ya no se acuerda de lo que le debe. Apenas hay hurto más ruin que éste porque apenas lo hay más ingrato. Pagas muy*

*puntualmente al albañil que te arregla las goteras por donde se arruinaba tu casa y no pagas al médico que te atajó los accidentes que iban derrumbando tu vida».*

En nuestro libro «Cien años de medicina sevillana», donde se estudia la creación y evolución de la Regia Sociedad de Medicina y demás ciencias de Sevilla durante todo el siglo XVIII, exponemos muchos documentos, hoy conservados entre los legajos de la Real Academia de Medicina, mediante los cuales se solicitaba un socorro y una ayuda económica para las viudas y huérfanos de socios pues aquellos se encontraban en la miseria al morir el cabeza de familia. Tan fue así que según las Ordenanzas de la Regia Sociedad se instituyó un «arca de viudas» y un «arca de huérfanos», familiares de un socio que gozó al menos del prestigio social y científico.

En el siglo XIX el médico escala las altas esferas de la burguesía. «La mula del galeno, dice Marañón, se cambia por el tronco de caballos».

Nace la asistencia médica colectiva, el especialismo médico y la dinámica hospitalaria y la prevención de enfermedades, hecho que hizo exclamar a Harvey Cushing: «el doctor Libra, de la calleja de la Cura, ha sido trasladado por el doctor Onza de la calle de la Prevención».

Edgar Neville, hablando de los médicos de esta centuria, asegura que estos profesionales prestigiosos fueron los últimos que pasearon sus levitas sobre la Tierra y los que llevaban los más lujosos bastones de manatí y puño de plata. Era tal su prestigio que los enfermos amigos no se atrevían a pagarle con dinero y el día de su santo le regalaban bastones y sobre todo una escribanía de bronce y cristal».

A nuevos métodos, nueva picaresca. Oímos hablar de un médico sevillano, allá por el barrio de Triana, que instaló, recién llegado a nuestra capital, un aparato de rayos x en su consulta privada y observaba a los enfermos completamente vestidos antes de desnudarlos y así saber, a través de la pantalla, los duros de plata que llevaban en el bolsillo.

En nuestros días la gama de honorarios es muy variada. Desde el reconocimiento a la altruista labor del médico mal pagado por

el Estado a la ruptura de las relaciones medico-enfermo, siempre valiosas y eficaces. Por regla general el médico, salvo excepciones, se encuentra como pieza de engranaje en los grandes hospitales, trabajando en equipo y desbordado por el trabajo y con escasa remuneración. Todo esto hizo exclamar a Iván Illich en su «Némesis médica» que «poniendo sueldo a un médico se corta la explotación individual del enfermo».

Camilo José Cela describe en «Cuestión de acertar», lo que supone el médico rural, don Claudio, y lo define como «milenario patriarca que deja la yegua en el portal y sube las escaleras, quitándose el tabardo y chaqueta... empapado en agua y calado hasta los huesos... que regresa a su casa y a su mujer, doña Rosita, acostada ya, el médico le contesta. «Sí, le he metido tres pesetas debajo de la almohada, no llevaba más encima...»

Porque el médico, según los Quintero, tiene que curar a todo el mundo, «a los que meten contrabando, a los que dan con la uña en el peso, a los que explotan a los pobres, a los que no respetan la tasa...» Es uno de aquellos entrañables médicos rurales de nuestros pueblos andaluces, blancos, ribeteados de chumberas, que conocían los pormenores de cada familia, médico, consejero, amigo e incluso casamentero.

Queremos como conclusión a esta rápida ojeada a través de los siglos, aportar nuestras ideas.

El médico de hoy es el heredero de estos personajes. Pero el médico es ese hombre que para Benavente cuando la muerte llega «es el único que no puede llorar todavía y cuando todos lloran porque la ven llegar implacable es el único que ha de sonreír hasta el supremo instante, interponiéndose con fingida calma entre los ojos espantados del moribundo y la negrura insondable de la muerte».

Hoy el médico se encuentra encuadrado en presupuestos oficiales. El trabajo en equipo diluye toda personalidad. Los medios exploratorios sofisticados, la técnica con ordenadores, el complicado «herramientarium», encarecen de tal modo la práctica médica que es raro ya el enfermo que hace frente a su enfermedad aisladamente.

Uno de las obligaciones del Estado es luchar contra la enfermedad, prevenir y preservar en lo posible a los ciudadanos de ellas.

Hoy el médico no se retira enriquecido como decenios atrás. En un capítulo de la actual Enciclopedia Francesa se dice que «cuando el comerciante se retira enriquecido y traspasa el negocio para que lo rijan personas más jóvenes, entonces el médico empieza a ganar dinero o se retira sin excesos económicos».

El médico, además de su diario vivir, cuenta con gastos de estudios, congresos, libros, revistas, y no cesa, lo aseguramo de socorrer gratuita y desinteresadamente a muchos necesitados.

No negamos que un médico pueda valerse de su profesión con interés económico, pero apuntamos que son casos excepcionales. Soy de los que creen que el médico, en la práctica diaria, antepone su profesión y su servicio a sus ganancias.

Acredito a esto el testimonio personal de muchos profesionales que conozco. Pasaron los tiempos de aquellos cirujanos que cuando paseaban en lujoso automóvil hacía exclamar al enfermo que lo veía pasar: «ahí va mi apéndice».

No queremos terminar divagando con planteamientos de quimera, pero creo que el médico actual sigue aún puesta su mano con fidelidad en el juramento hipocrático donde continua vigente aquello de «juro asistir de balde a los pobres de solemnidad con el mismo cuidado que a los ricos».

Y entonces, con la voz del espíritu de siempre, ayer como hoy, con la voz potente de la juventud o con la voz cansada de los años vencidos, con la promesa que nos hicieron a nosotros mismos, diremos: «sí, lo juro».

«Si así lo hacéis, que Dios os lo premie y si no que os lo demande».

Muchas gracias.

He dicho.